

Distribuirémos pues en estos dos puntos la exposicion de nuestras pruebas.

CAPITULO PRIMERO.

De las prevenciones legítimas contra el Ateismo.

219. Para comprender cuan infundado y tambien cuan funesto es el Ateismo, cuan ridículos y perniciosos los que defienden este gravísimo error, basta detenerse un momento á examinar las causas y efectos del Ateismo, y los caracteres que regularmente distinguen á los ateos. Entremos pues en este exámen.

ARTICULO PRIMERO.

De las causas del Ateismo.

220. Cuando hablamos de las causas del *Ateismo*, no creemos que exista ninguna bastante poderosa que determine real y verdaderamente la conviccion de nadie, por que esto parece imposible, siendo tan varias y urgentes las razones que demuestran la existencia de Dios. En tal supuesto, ¿cuáles podrán ser los motivos que impelan á algunos á impugnar esta verdad, afectando no reconocer al Autor de la naturaleza? La idea de un Dios envuelve naturalmente la de una justicia eterna que reprime y castiga el desenfreno de las pasiones: así es que cuando el hombre no quiere contenerse, se indigna de que haya Dios; y como su conciencia le atormenta sin cesar, se esfuerza luego en buscar sofismas para combatir sus mismas convicciones y toma el partido de alistarse entre los ateos. He aquí pues la primera causa

del ateismo: *la soberbia vehementemente estimulada por el desenfreno absoluto de las pasiones.*

221. La existencia de Dios, así como todas aquellas verdades capitales que se dirigen á la felicidad del hombre, reunen y han reunido siempre á todas las generaciones en una misma creencia: el ignorante y el sabio la profesan y veneran públicamente, y en el sentido de estas verdades caminan de ordinario los discursos y los escritos de los sabios. Hai empero algunos que deseando adquirir nombre en su época y gloria en la posteridad, creen que discurrendo conforme á las ideas generalmente recibidas, léjos de conseguir su objeto, quedarian confundidos entre el vulgo de los escritores desconocidos. De aquí los conatos vehementes de buscar y sostener paradojas que choquen al sentido comun: nada les importa ser combatidos victoriosamente, con tal de haberse hecho conocer, ya que no por la solidez y profundidad de sus conocimientos, á los ménos por los delirios de su alma, el atrevimiento de sus discursos y la perversidad de sus opiniones. He aquí la segunda causa del ateismo: *un movimiento impetuoso de la ambicion hácia la falsa gloria.*

222. Hai en la sociedad una clase de hombres que sin haberse dedicado jamas á adquirir ningun conocimiento sólido, y estimando en poco ó nada la importancia de una conducta juiciosa, circunspecta y arreglada, son arrastrados constantemente por cierto espíritu de frivolidad que subyuga igualmente sus opiniones y su conducta. Tan amigos de lo nuevo y sorprendente, como enemigos de la quietud y el reposo que dan la rectitud de los conocimientos y el

sistema ordenado de la vida, no se ocupan de ordinario sino en renovar sus impresiones y en hacer un papel notable entre la turba bulliciosa de los incrédulos. Estos se dan el fastuoso nombre de *espíritus fuertes*, califican la sabiduría de una *ruda mediocridad*, dan el tono á la moda y á los placeres, protegen con la libertad de sus ideas todas las inspiraciones de la maldad y se constituyen árbitros del gusto de la celebridad y de la gloria. No se necesitaba de más redes para hacer caer á los incautos; y he aquí cómo la *ignorancia* y la *presuncion* se dan la mano, para sacar del vulgo alucinado una tercera clase de ateos, que nada saben, pero que con solo hacerse *ateos á la moda*, creen haber conquistado todos los títulos más ilustres.

223. „El cuarto motivo que suele impeler al ateísmo trae su origen, dice un escritor inglés, de la opinion exagerada que algunos tienen de sí mismos.” (1) Un hábito emvejecido de hablar y no oír, de sutilizar y no responder, de burlarse de lo que no entienden para no sucumbir á la fuerza de una demostracion, los ha cegado tanto, que no vacilan en tomar su genio por el más fecundo, su talento por el más claro y sus racionios en todas materias por única regla de verdad. „He aquí, dice el autor citado, la especie más perniciosa de ateos: primero por que niegan cuanto no comprenden; segundo, por que son los más á propósito para sostener su error con argumentos sutiles, y eludir la fuerza de los que se les opo-

(1) *Niewentyt. de l'Exit. de Dieu, démontrée par les merveilles de la nature.*

nen con expresiones equívocas é inexactas, ó cuando ménos, con el sarcasmo y la burla: tercero, porque algunos de ellos toman en las conversaciones cierto aire de civilidad y modestia, lo cual suele granjearles alguna estimacion entre los inexpertos, tanto más peligrosa, cuanto ménos afirmados se hallan estos en sus principios y en su creencia.” (1)

224. Tal es la fuerza con que arrastra la conviccion de esta verdad importante, que algunas veces se ha escapado á los mismos ateos una revelacion solemne de los motivos innobles que han impelido su razon á sostener el Ateísmo. Oigamos á Diderot „No puedo creer dice; que haya materialistas ó ateistas de buena fe; por que es más fácil concebir la creacion hecha por la omnipotencia de un ser supremo, que formada por el acaso. (2) Algunos se han vuelto ateistas, por que rechazaban la fe, abandonándose á sus pasiones, por que les espantaba la pintura que la religion les presenta de lo venidero, y les estorbaba la presencia de un Dios.” (3)

225. No se necesitaba ciertamente otra cosa para concebir una fuerte prevencion contra el Ateísmo y aun para calificarlo de absurdo, que los motivos que determinan á los hombres á formarse tal opinion. La verdad es enemiga de las pasiones: no puede por tanto ser el resultado del trastorno que aquellas causan á la razon: luego el Ateísmo, que es un resultado de las pasiones, no puede merecer los homenajes de la

(1) *Niewentyt. de l'Exist. démontrée par les merveilles de la nature.*

(2) *Nouvelles pensees* pág. 16. (3) *ibid.* pág. 27.

verdad.

226. La verdad en aquellos puntos fundamentales que tienen por objeto el bien del género humano, se anuncia en las convicciones y en las creencias de todos los hombres. Sería pues ridículo declararse partidario en esta línea de una opinion singular que está en abierta pugna con la razon de los siglos y el dictámen de todo el género humano. ¿Qué dirémos cuando examinando los motivos de estas opiniones singulares, vemos que consisten en el empeño loco de adquirir celebridad á costa del sentido comun? Luego basta el segundo motivo que determina el Ateismo, para colocar esta opinion monstruosa en el catálogo de los errores.

227. La verdad es esencialmente perpetua y estable, no se afecta jamas de las opiniones reinantes, del espíritu de novedad, ni del movimiento de la moda; ménos todavía podrá ser un efecto de estas tres causas: luego el espíritu de ligereza y de novedad que constituye la tercera clase de ateos no puede dar por resultado la verdad; y en consecuencia el solo conocimiento de estos motivos basta para inferir la falsedad del Ateismo. Finalmente un hombre que toma su propio juicio por una regla de verdad, inspira la mayor desconfianza de sus opiniones, en consecuencia basta verle destituido de todo buen criterio, para proscribir como falso el Ateismo que nos propone. Resulta de lo expuesto que el simple exámen de las causas que determinan al ateo nos basta para calificar el Ateismo de un error que prostituye igualmente el entendimiento y la voluntad; de un sistema esencialmente destructor de la moral y de las ciencias. Pa-

ra confirmarnos mas en esta última idea, basta repasar ligeramente la deplorable serie de sus efectos.

ARTICULO SEGUNDO.

Efectos del Ateismo.

228. ¿Qué es el ateismo para el individuo? ¿qué para la sociedad? He aquí dos cuestiones cuyo exámen constituye el objeto del presente artículo. Basta considerar las cosas bajo las relaciones puramente temporales, para comprender todos los desastres que debian resultar del Ateismo.

Efectos del Ateismo en el individuo.

229. El Ateismo corrompe el entendimiento, deprava la voluntad, nivela al hombre con el bruto, y es precursor infalible de la desgracia. Tales son en pocas palabras los efectos que aquel error produce en el individuo que llega á adoptarlo.

230. El ateista, en el hecho de serlo, niega la espiritualidad del alma, la existencia de la vida futura, el origen del mundo, el verdadero objeto y fin de la creacion del hombre: niega pues unas verdades que no pueden desconocerse sin ignorarlo absolutamente todo. El órden físico y el órden moral se hallan tan íntimamente relacionados, que no pueden separarse del todo sin minar los fundamentos de las ciencias en que se manifiestan. La naturaleza, que es un manantial fecundo de verdades y sentimientos para el sabio que sabe elevarse hasta la primera causa de las cosas, es una estatua muda para el ateo, que

negando la existencia de aquella, se ve obligado á referir al *acaso* el universo y sus fenómenos admirables. Para este no hai designio ni fin en la creacion, no hai relaciones fijas entre la naturaleza y el hombre, todo es *accidente* y *casualidad*; y por tanto no reconoce ni basas en el orden físico, ni correspondencia ninguna entre éste y el orden moral. Es así que destruidas estas verdades, el entendimiento no tiene ni direccion, ni guía, ni término alguno en la marcha de su investigacion: luego el Ateismo extravía el entendimiento y por consiguiente lo corrompe. El hombre está compuesto de un cuerpo organizado y una alma racional. Por los sentidos del cuerpo está relacionado con la naturaleza física; por las potencias de su alma se eleva hasta la contemplacion de Dios. Las relaciones que tiene con la naturaleza le advierten que el universo ha sido hecho para él; la contemplacion de la primera causa le persuade que él ha sido hecho para Dios: comprende luego la inmortalidad del alma, penetra las leyes eternas, como habia alcanzado las leyes físicas y ve en estas verdades un punto de partida para llegar á la explicacion de los fenómenos físicos, de los accidentes y variedades del orden moral. De donde resulta que si en vez de admitir, resiste á estas verdades, su entendimiento léjos de tener direccion, guía, ni término alguno, infaliblemente se pierde en un abismo de conjeturas, de donde le es imposible salir.

231. ¡Ojalá todos los males del ateo estuviesen reducidos á la ceguedad de su entendimiento y al extravío completo de su razon! estaria sujeto á los errores, pero exenta su voluntad de los vicios, no

tendría que pagar al Ateismo el deplorable tributo de la prostitucion y del crimen. Pero sucede mui de otra manera, y la corrupcion de las costumbres que como vimos en el artículo anterior, engendra el ateismo, se fecunda y fortifica con él. Por desgracia el hombre nace sujeto á los sentidos y permanece constantemente expuesto á los ataques vehementes de mil pasiones diversas. ¿Qué será de él, si se coloca en las filas de los ateos? El sacrificio de las pasiones solo puede hacerse en las aras de la Divinidad, solo pueden arrancarlo los grandes temores y las esperanzas eternas. Pero el ateo, que ni teme ni espera, el ateo que rehusa toda lei, el ateo que toma siempre su voluntad por guia y el objeto de sus pasiones por blanco de sus deseos, ¿podrá lisonjearse nunca de una voluntad recta? ¿De qué servirán, para contenerle, las leyes humanas, cuando tiene mil coyunturas para burlar la vigilancia de los magistrados? Quitese la existencia de Dios y sus inmediatas consecuencias, y desaparece hasta la mas remota esperanza de virtud, las pasiones subyugan el alma, los vicios moran tranquilos en el corazon.

232. Hemos dicho mal: los vicios moran es cierto en el corazon del ateo, pero él no permanece tranquilo: tampoco está exento de temor, y he aquí como el ateo, que por una parte se degrada hasta nivelarse con el bruto, se halla mui léjos de esa tranquilidad que tienen los animales, en el hecho solo de no inquietarse para nada sobre su suerte; y por este motivo el ateo es verdaderamente infeliz.

233. ¿Ni como podrían avenirse con la felicidad un entendimiento corrompido y una voluntad depravada?

¿Qué placeres intelectuales puede gozar quien no reconoce en el universo mas que desórden, quien lo mira todo abandonado al imperio de la fatalidad? Para negar á Dios, es preciso resolverse á no ver en todo el universo sino un caso pestilente, un conjunto monstruoso, donde no hai ni puede haber órden, vínculo, resorte, designio ni interes; y he aquí por que todo es lúgubre y fastidioso necesariamente para el ateo. „El cuadro del universo, dice Rousseau, «tan vivo, tan animado para los que reconocen un «Dios, está muerto á los ojos del ateo; y en esta grande armonía de los seres donde todo habla de Dios «con una voz tan dócil, él no aperece sino un silencio «eterno.” (1)

234. ¿Qué dirémos del vicio? Nada mas opuesto á la felicidad; por que aun humanamente hablando ella no habita donde no existe la virtud. Dejemos ahora los temores que hielan la copa del placer sobre los labios del impío, (que nunca consigue proscribir de su corazon los puñales del remordimiento y los tormentos crueles de la duda,) para atender únicamente á la felicidad humana. Esta no puede existir donde no cabe el contento y donde tiene mas lugar el dolor. Sea que el ateaista goze de la prosperidad, sea que luche con la tribulacion, no puede estar contento ni dejar de padecer. En la prosperidad se afana inútilmente, por satisfacerse, se disgusta de los placeres sin probabilidad de mejorarlos, recela mas que nadie de sus relaciones sociales, y la idea de la

(1) Cit. por Delalle en el Curso de controv. t. 3, pág 69.

muerte le atormenta y consume infinitamente mas á él, que al hombre que espera el juicio de un ser sabio justo y clemente.

235. El ateo tiene como todo hombre un deseo innato de felicidad, desea pues como todos un bien sólido y estable; pero con no admitir á Dios, se ve reducido á los bienes de la vida. ¿Cuáles son estos? quítense aquellos bienes temporales que son compatibles con la virtud y que por tanto no puede gozar el ateo, y solo quedan los placeres reprobados, que si tienen un instante de vida, es para hacer mas intenso el sentimiento de su falta; y si se prolongan demasiado, engendran el fastidio y cansan el corazon. Desear un bien sólido y estable, y desesperar de encontrarlo es evidentemente el estado mas triste y la mayor pena de la vida. En semejante situacion los placeres fugitivos pierden todo interes, y disgustan á medida que crece la persuacion de que no se ha de hallar cosa alguna que satisfaga el deseo capital de hallar un bien positivo, un contento verdadero. He aquí la desesperacion inútil y el disgusto de los placeres; y esto aun cuando se camine con el viento de la prosperidad.

236. El ateo, en el hecho de serlo, busca su bien estar sin regla, y la satisfaccion de sus pasiones sin detenerse para nada en la justicia ó injusticia de los medios: se considera á sí mismo como su propio fin; nada puede importarle que padezcan los otros, si esto contribuye á sus goces: es egoista por sistema, y de consiguiente misántropo por necesidad. Si se relaciona con los que no siguen sus principios, vive desesperado, en abierta contradiccion; si se une con los ateos, debe suponerlos tan egoistas y malvados como él; y en este

caso no puede esperar de ellos cosa alguna y si todo debe temerlo. La desconfianza, la sospecha, el temor continuo de ser sacrificado á los intereses y á las pasiones de los otros, he aquí el segundo motivo de tormento é infelicidad para el ateo; y esto, aun cuando se le suponga disfrutando de la mas grande prosperidad posible.

237. Pero todo esto es nada comparado con el sentimiento que debe inspirarle la proximidad, el peligro y hasta la consideracion remota de la muerte. Para el ateo la muerte es un aniquilamiento absoluto, un tránsito á la nada. La muerte viene á ponerle término á su prosperidad y á sus placeres: ¿qué efectos debe producir en el ateo la vista del sepulcro? una tristeza profunda, una languidez mortal, una rabiosa desesperacion. Nos es tan natural el amor de la vida, que la vista de su término es triste y alarmante para todos. La teme aun el cristiano pero no con un temor que desespere, sino con un temor que estimula á la virtud y á la resignacion con la esperanza de la gloria. El ateo no puede dejar de temerla por que es hombre; mas este temor del ateo es un temor cruel, tiránico, desesperador, por que nada tiene que lo suavize, por que nada valen para él la esperanza y la inmortalidad. ¿Es mas dulce por ventura ser totalmente destruido, que ser juzgado por un Dios sabio justo y misericordioso? Los mismos impíos se han visto precisados á reconocer cuan triste es la condicion del ateo, principalmente cuando se trata de la proximidad de su fin: escuchemos á Voltaire: „El instinto, que hace estremecer al hombre en la muerte, ¿le dejaria tranquilo en las inmediaciones de

su destruccion total? está el hombre acostumbrado á vivir, á sentir, á ser algo; y por consiguiente no se le puede arrancar á sí mismo sin atormentarlo, ni se le puede decir sin causarle la mayor pena: tu morirás todo. Estas dudas son tristes: es muy duro ser aniquilado. ¿Cómo desechar un sistema tan bello y tan necesario para el género humano?” (1)

238. Si tal es la desgracia del ateo, aun cuando se le supone lleno de prosperidad y rodeado de placeres; ¿qué juzgarémos de él, cuando lucha con el infortunio? En las vicisitudes comunes de la vida cabe de ordinario la mayor parte al dolor: las enfermedades, las fatigas de un trabajo inútil, la miseria, la persecucion &c. &c.^a emponzoñan muy frecuentemente la existencia: las mismas pasiones, cuando llegan á irritarse hasta cierto punto con un deseo siempre progresivo y nunca satisfecho, producen terribles efectos en el alma. ¿Qué hará pues el ateo, herido por el aguijon del dolor, penosamente arrastrado al colmo de la desgracia? Quién suavizará su amargura, quién aliviará la insoportable carga de sus tormentos? A dónde dirigirá sus ojos, que vea lucir un rayo de esperanza? Qué puede contra la adversidad ni el hombre ni la naturaleza? Un hombre sin Dios se abandonará á los movimientos de la desesperacion; y en el arrebatado de un frenesí verdaderamente inevitable invocará la muerte como el menor de los males. Solo la idea de un Dios justo, bueno, é infinitamente sabio puede dar un precio á la adversidad y hacer que nazca

(1) *Dict. philosoph. art. Caïne. catéch. chinois.*

de entre las espinas del infortunio la flor de la esperanza y con ella la resignacion, el consuelo, y tambien el contento y el placer.

239. Los mismos ateos no pueden ménos de convenir en la fuerza de estos raciocinios: confiesan que su sistema es desolador, y que no puede agradar á los hombres de un temperamento melancólico, y á una alma consumida por las desgracias, por las enfermedades &c.^a Un autor moderno (1) ha tenido cuidado de confirmar con la experiencia el concepto que debe formarse sobre la infelicidad del ateo. „Se ha notado, dice, que el ateo Espinosa era de un genio triste, negro, cogitabundo, prodigiosamente misántropo. Todas las tinieblas del vicio y los rasgos de la desesperacion estaban impresos en la frente del famoso ateo Dolet: al primer golpe de vista, dice uno de sus contemporáneos, se descubria en él á un insensato, un furioso, uno poseido de rabia: ni el bronce ni la tela hubieran podido representar, como su cara, la imágen de tal monstruo. Vanini no tenia la expresion mas feliz y serena en su fisonomía. La escuela de Epicuro, segun advierte el Cardenal de Polignac, formó mayor número de suicidas, que todas las otras. Lucrecio se mató á los cuarenta y dos años; Creech, su traductor inglés, á los cuarenta; Blount, á los treinta y nueve; el materialista Acosta se hizo volar la cabeza de un pistoletazo.” No extrañamos á vista de esto ver á Montaigne y Helvecio, zelosos partidarios de Epicuro, mostrarse grandes panegiristas de los suicidas, ni oír decir al mas descarado de los ateos, que

(1) *Feller Cat. filósof.*

un hierro es el único amigo, el solo consolador que queda á los desgraciados. (1)

240. Se han visto pues todos los males que trae el Ateismo al individuo: veamos ahora los estragos que debia producir en la sociedad.

241. El Ateismo deja á la autoridad sin freno, á los súbditos sin costumbres, y á la sociedad sin principios: he aquí los efectos del Ateismo en la sociedad.

242. El abuso del poder y la desmoralizacion de los pueblos son evidentemente precursores infalibles de la ruina de los Estados. Cuando los que gobiernan substituyen su voluntad á las leyes, y dirigen esta misma voluntad segun el impulso de sus pasiones, los pueblos se ecesasperan, las revoluciones se comprometen, se enciende la guerra civil, y en este caso viene á quedar el Estado sujeto á la cruel alternativa de la anarquía, ó de la tiranía. Estos males amenazan aun á los pueblos que no tienen la desdicha de estar gobernados por ateos; pues para que aparezcan, basta que los hombres, en cuyas manos se ha depositado el poder, olviden las reglas eternas de justicia que Dios ha gravado en el corazon del hombre. ¿Qué esperanza quedaria pues á los pueblos, si tuvieran que luchar, no solamente con las pasiones de sus gobernantes, sino tambien con su decision por el Ateismo? Cuando un gobierno cuenta con los recursos que le suministra un ejército organizado, es empresa difícil, por no decir imposible, derrocarlo, sino se cuenta con la fuerza moral; y como esta

(1) *Sist. de la nature. chap. 19, pág. 305 et 306.*

fuerza moral no existe donde no se admite la creencia de un Dios, es casi evidente que habrá de prolongarse la acción tiránica de un gobierno sin freno. Si este no teme á Dios, ménos podrá temer á los hombres; ó para hablar con mas exactitud, hallará mayor número de recursos, para disminuir los temores puramente humanos. La creencia de un vengador del crimen, de un Dios, que con su dedo omnipotente rae de la tierra los troncos, para confundir y exterminar á los reyes malvados, he aquí la verdadera garantía que tienen los pueblos contra los temores que inspira el abuso del poder público.

243. ¿Y qué medios hallaría este para llevar á su prosperidad y engrandecimiento una nación que estuviese compuesta de ateos? El Ateísmo es el último grado de la impiedad; la impiedad es el último grado de la malicia humana: sus efectos, según la expresión de un incrédulo, (1) son el aniquilamiento no solo de las virtudes cristianas, sino también de las virtudes sociales. Un pueblo sin Dios es un pueblo sin religión, un pueblo sin religión es un pueblo sin moral y por consiguiente sin costumbres: luego el Ateísmo deja á los súbditos sin costumbres. ¿Y de qué sirven las leyes, si están desprovistas del apoyo de la moral? Las mejores leyes que se promulgan entre los hombres no son sino otras tantas consecuencias de la lei natural. Esta conveniencia de las leyes humanas con la lei divina es precisamente el mejor dato de su justicia. El que no admite, pues, la segunda, es imposible que respete las primeras. Por

(1) Bayle.

otra parte, la moral que previene la razón en favor de las leyes que se promulgan entre los hombres, engendra el hábito de respetarlas; y este hábito, efecto único de la moral pública, tiene mayor eficacia que la vigilancia de los gobiernos y el temor de los castigos. Resulta de lo expuesto, que el Ateísmo destruye la religión, extingue la moral, y deja por consiguiente á los súbditos sin costumbres.

244. Para probar que el Ateísmo deja también á la sociedad sin principios, hasta saber que estos son por su naturaleza estables y no están sujetos por tanto á ningún género de variación. Ahora bien: ¿principios de este carácter pueden ser el efecto de las convenciones humanas? la razón y la experiencia nos indican con entera seguridad, que esto es imposible. Luego es preciso derivarlos de una razón infinita, de una voluntad eterna, y por consiguiente de Dios. Niéguese pues la existencia de Dios, y no se necesita de otra cosa, para que vengan á tierra los principios del orden social y por lo mismo la sociedad.

245. Para prevenirse pues contra el Ateísmo y reputarlo por la opinión mas absurda y monstruosa, ¿no es cierto que basta la simple consideración de sus causas y sus efectos? Pero no nos detengamos aquí: observemos, para concluir, los caracteres de los ateos, pues estos mismos nos suministran en la inconsecuencia de sus opiniones y en la contrariedad de su conducta los mas robustos argumentos contra el Ateísmo. *mu les 22m03*

ARTICULO TERCERO.

Caractéres de los ateos.

246. Las contradicciones de los ateos, así en sus